

LA ARQUITECTURA POPULAR CANARIA

Festón de belleza y color incrustado en un singular entorno

El aborigen canario encontró seguro y acogedor refugio en las oquedades formadas por la convulsión volcánica que dio origen a nuestras islas. Ante sí, tuvo un paisaje singular. A su lado, siempre, la piedra, en múltiples expresiones de forma y color que bien pronto supo aprovechar. Sus obras, desafiando al tiempo y la indiferencia, reflejan su gusto, la recreación y también el sudor surgido del firme bregar para manejar primarias herramientas y manipular certeramente tan dispar materia prima.

La piedra fue el medio que su imaginación usó para imitar la cueva, construyéndola en vertical: la "Casa Honda". Tras ella, otros tipos fueron surgiendo.

Con los profundos cambios habidos tras la "Conquista" el habitáculo aborigen fue también acogiendo las novedades, aunque no se abandonó del

todo. Hasta nuestros días. Todavía se vive y utiliza la cueva y se realizan viviendas con acentuadas líneas o reminiscencias de aquel pasado que marcó vías de eficacia, utilitarismo y belleza: la piedra, el medio, la adaptación, las formas.

Porque el hombre siguió teniendo la piedra a su lado y continuó utilizándola con la ancestral destreza de sus manos aligeradas, eso sí, en pesadez y dureza, por los nuevos instrumentos incorporados, igual para hacer "cantos", baldosas, que filigranas en la piedra azul de Arucas.

En la vivienda, se sucedieron los estilos, según recursos, fines, lugares: el simple alpénder, la casa de doble piso, la mansión señorial, el techo plano y a manera de estanque, los tejados de dos, tres o cuatro aguas siempre con la constante de la piedra, del basalto tallado o de la talisca seleccionada a

"golpe de vista" y colocada por briosas y expertas manos, una sobre otra, para confeccionar las muy consistentes "paredes de piedra seca".

La vivienda rural, la artesanía de la piedra y de la madera le dan un aire muy particular a la arquitectura popular canaria, que asimila influencias pero que no pierde su identidad fundada en las agilidades físicas y en los gustos humanos como en la nobleza y calidad de las materias utilizadas. Desde la negra, verde, roja, azul, blanca masa que pare el volcán hasta la arena, la misma paja, la tierra o caliza que el hombre, en otra tarea de su quehacer no menos importante, manipula con destreza para transformarla y, junto al material pétreo, convertirlos en sólidos componentes y en colores indelebles.

--"La cal de albeo, mi amigo, es tan duradera porque se hacía con las manos, sudando", oímos a un majore-



La pared de piedra seca, los tejados como alas de mariposa posada en un plantío de papas. Gusto y trabajo. Belleza y sudor. Barranco La Mina. Gran Canaria.

ARQUITECTURA POPULAR CANARIA

ro una tarde donde las explicaciones e historias fluían de sus labios con la misma suavidad de las planicies de Lajares.

Pero si el hombre supo comprender y utilizar el valor de la piedra y de la tierra donde la "plantó", no menos inspirado estuvo cuando la ubicó, sólida y airosa a la vez, donde más convenía evitando agredir aquel medio físico y, en parte, su vegetación. La colocó en el arrife, en el cerro, en un zoco de la montaña, junto al risco, al pie de la ladera junto pero sin menoscabo para la tierra y sus frutos, para el terreno que puso en cultivos. La orientó, además, al amparo o defendiéndose de las condiciones climáticas.



El negro basalto en piedras colocadas al natural, contrasta con los blancos muros construidos por expertos "parederos" de la vieja Maxorata. Vallebrón. Fuerteventura.

Un vivo ejemplo de adaptación al entorno son estas construcciones que ya hoy no se estilan, rompiendo moldes, porque quizás ni se suda como entonces ni existe el mismo gusto, porque impera la especulación del suelo o la prisa y escasez atosiga. Lo cierto es que la casa ni tiene igual textura, forma o ambientación, ni siquiera su ubicación es la adecuada al invadir terrenos de labor, espacios naturales, amurallándose con aprisionantes paredes, y perdiendo la galanura de sus líneas.

Y cabe preguntar también: ¿es que aquellos hombres eran pudientes? ¿lo serían aquellos que golpe a golpe, piedra a piedra, teja a teja, abrieron ci-

mientos, levantaron generosos muros y cubrieron sus techos? Es de pensar que no. Que también había pobreza y carencias. Sólo que eran menos, que tenían más tiempo, puede que más gusto y seguro que menos medios, entre otros condicionantes.

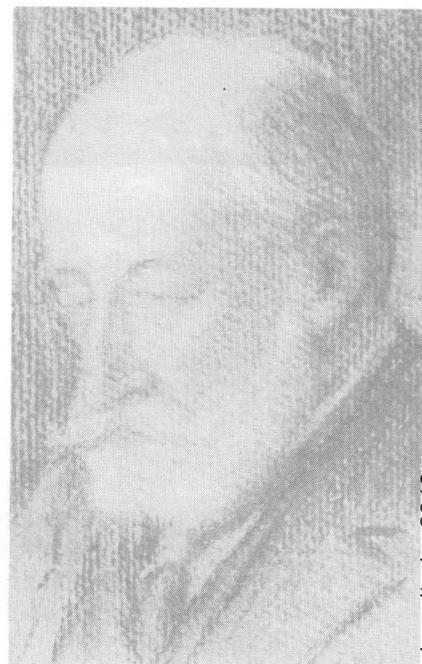
Como fuere, y como obra sin firma pero perenne cual es la popular, ahí queda esa variada gama de empleos diferentes entre islas y en cada isla también, de norte a sur, de costa a cumbre pero unidas por similares vínculos: el material, el sentido de la adaptación al entorno, el gusto y la belleza.

Todo lo cual merece no sólo un reconocimiento o gran respeto sino una vital tarea de recuperación, de restauración y de divulgación asimismo para no romper con un pasado que ha

dejado en la roca y en el terreno una rica guía de cómo actuar para mantener lo que hoy se denomina "calidad de vida".

Obras así no pueden perderse. Son monumentos del popular quehacer. Medios hay. La cuestión es ponerlos en práctica para salvar, en este caso, esos exponentes en los que se ha mezclado la belleza y el sudor para incrustarlos cual si fueran un adorno, un encaje, un festón que se destaca pero también hermosa y amolda a un singular entorno cual es el muy variado que la naturaleza canaria ofrece en cada una de sus islas.

A.C.S.



Saint-Saëns en Gran Canaria

Una curiosidad histórica local muchas veces recordada es la estancia del compositor Camille Saint-Saëns en Gran Canaria en los finales del siglo XIX y principios del XX. El músico francés vino por primera vez a esta isla en diciembre de 1889. Habiendo abandonado el ambiente de París y al llegar a Las Palmas se inscribió en un hotel con un nombre que no era el suyo, con el fin de pasar desapercibido.



Reunido con varios amigos, Saint-Saëns aparece en el centro de la foto tocando la guitarra en la playa de La Laja, Las Palmas de Gran Canaria.